

Domingo I de Adviento Ciclo C



1 de diciembre de 2024

Jr 33, 14-16

Sal 24

1Tes 3, 12-4,2

Lc 21, 25-28.34-36

P. Eduardo Suanzes, msps

En la Sagrada Escritura se entiende por **justicia** el estado del hombre para el cual ha sido creado; un hombre **justo** es, pues, aquel que ha acomodado, que ha transformado su existencia, de tal forma que es lo que debe ser. Todo él está en sintonía con el plan de Dios. En él no hay distorsiones ni colores falsos; todo es auténtico, con denominación de origen. Así, cuando decimos que algo es auténticamente japonés, decimos *is made in Japan*, parafraseando nuestra forma actual de hablar, un hombre es justo cuando es auténtico, es decir, cuando *is made in la Santísima Trinidad*.

En nuestro lenguaje común justicia tiene que ver con el hacer; es decir, decimos que alguien es justo cuando actúa de forma equitativa, por ejemplo, y entonces decimos «este hombre es justo porque ha actuado con justicia». Fíjense que decimos que **es** porque **ha actuado, ha hecho**, justicia. Así, un juez podrá ser un desalmado en su vida privada pero puede actuar con justicia y decimos: «esa persona es justa» (no importa que sea en su interior un pervertido)

En la Biblia, sin embargo, justicia tiene que ver más, en primer término, con el ser, y luego, en segundo término, como consecuencia, con el hacer. Así, una persona que sea un desalmado nunca podrá actuar con justicia: alguien actúa con justicia porque en su interior es justo. Su interior está en sintonía con la voluntad de Dios y la consecuencia es que vive en paz, es feliz, en su vida todo le cuadra, le salen las cuentas. La justicia tiene que ver con la santidad. Un hombre es justo porque **es lo que está llamado a ser**, es decir, **santo**. Su actuar es coherente con lo que es y, por tanto, es un hombre de paz, de misericordia, de perdón, de equidad...

Un hombre justo es el que ha sido formado, y continúa formándose, por la Santísima Trinidad. La Trinidad es su hacedor, el constructor de su carácter: Dios es su justicia, porque actúa en él y lo transforma dejándose él transformar.

Esta es la promesa que se nos hace en la primera lectura. Se nos dice que, por fin, Dios hará nacer a su Hijo, que Él será el justo, nuestro modelo, nuestro auténtico ser. Resulta que es posible, porque Él nacerá, se encarnará. Entonces te sentirás a salvo, es decir, feliz, porque Él será el que cambiará tu vida como de la noche al día, y además te dirá cómo lo hace; él será el alfarero que manejará tu barro y te construirá, con tu consentimiento, *con denominación de origen*; Él será el que te hará auténtico, el que acomodará lo que eres a lo que estás llamado a ser; Él será el que te haga *made in Dios* y entonces podrás decir: ¡por Dios, ahora soy feliz!

Esa es la promesa del Adviento. Por un lado, reconocer que no somos auténticos, que nos hemos falsificado; que en nuestras vidas han aparecido elementos que no tienen denominación de origen, algunos muy dolorosos, otros aparentemente adecuados...; otros a los que nos hemos acostumbrado de tal forma que forman parte de nuestra estructura, como los moluscos se pegan al casco de los barcos, formando ya una unidad con él, pero que no son del barco. Eso por un

lado...Pero, por otro, ser capaces de mirar hacia el horizonte y descubrir el barco salvador que viene a rescatarnos de nosotros mismos.

A este respecto me acuerdo de una novela muy famosa de un autor inglés, William Golding *El señor de las moscas*. Narra la historia de unos niños ingleses que tienen un accidente de avión y van a caer a una isla solitaria del Pacífico. Inmediatamente necesitan organizarse y tras elegir al jefe, deciden que lo más importante es crear una hoguera y vigilarla, día y noche, por si algún barco en el horizonte pasa y así puedan ser rescatados. Poco a poco se van acomodando a la isla, a la caza...Se van volviendo más salvajes y la hoguera pasa a un segundo plano, hasta que la olvidan por completo y se apaga: ya no les interesa. Se vuelven unos contra otros hasta que incluso algunos mueren asesinados. Esos niños ingleses de alta alcurnia, se convirtieron en salvajes, dejaron de ser lo que eran. Dejaron de mirar al horizonte, dejaron de tener la hoguera encendida y se convirtieron en una falsificación de ellos mismos.

Esta isla en la que habitamos es tan particular que tiene sus propios astros, sus propias estrellas, su propio sol y su propia luna. Es un mundo que me he ido construyendo de cabo a rabo, de principio a fin. En ella tengo el control, la seguridad aparente; en ella, mi capacidad de amar y de ser amado se identifica, falsamente, hacia sí misma, hacia su interior: todo en ella está vuelta hacia sí, curvada hacia sí misma. Esta falsa seguridad es tal que me envuelve en sí misma y comienzo a dejar de mirar hacia el exterior, hacia el horizonte, dirigiendo mi mirada solo hacia su interior.

Jesús, en el Evangelio, nos llama la atención sobre el particular: «*estén alerta, que no se entorpezca, que no se embote, su mente*». Es decir, «no se adentren en la isla, no se pierdan dentro de ella, no se queden con su sol, su luna y sus estrellas...Vivan la aventura de querer salir de ella para adentrarse en la inseguridad de estar conmigo».

El Adviento es la invitación a mantener la hoguera encendida mirando hacia el horizonte: «ahí viene el Justo, el que me moldeará en lo que soy en realidad; el que hará, con mi consentimiento, mi vida coherente, santa, justa: **él es mi justicia**. Él cumplirá su promesa: todo podrá pasar, pero esta palabra suya jamás pasará, nunca dejará de cumplirse».

Como dice el salmo que hemos cantado: Él descubre el camino a los que tienen la hoguera encendida y miran al horizonte, es decir, a los que tienen la esperanza. La esperanza es la virtud por excelencia de la noche; es la virtud por excelencia de los que quieren llegar al nuevo día, de los que vivimos perdidos en una isla remota y queremos llegar a nuestro auténtico hogar.

Esta es la llamada del Adviento; una llamada a la que si respondo hará saltar por los aires esta isla que me encarcela, y que me hace ser lo que no soy; saltará y se hará trizas con su sol, su luna y sus estrellas; sí, será terrorífico, pero solo para ella, es decir, para todo aquello que no soy yo. Tú, alzarás la cabeza mirando hacia el horizonte y te sumergirás en el mar cálido y acogedor de la misericordia divina, abandonándote a sus olas y movimientos; disfrutarás de la belleza del misterio de saberte invadido por la ternura indecible de Dios y entonces serás, por fin, libre.